





YIN YIN: TODOS DICEN TENER LA VERDAD

Da rubia, indignación y pena que en este último tiempo nuestros escritores anden más preocupados de la vida íntima de Lucila Godoy que de ese manantial inmenso e inagotable de belleza que es su obra. ¿A dónde quieren llegar estos señores? No es nuestro ánimo discutir con nadie sobre si tuvo o no un hijo la insigne poetisa. Por lo demás ¿qué de particular habría tenido que Gabriela hubiera sido madre? No vemos la razón para ocultar a un hijo.

Hace años conversamos con el doctor Juan Marín, escritor de nota, médico, viajero incansable, representante diplomático nuestro en varios países con quien coincidimos en opinar que por haberse hecho cargo Gabriela en el extranjero del hijo de su hermanastro, por parte de padre, esto le iba a traer con el tiempo muchas habladurías y nada de raro que hasta algunas personas interesadas en el escándalo pudieran decir que era hijo suyo. Es lo que lamentablemente ha ocurrido ahora y en este sentido no andábamos muy errados con el doctor Juan Marín al abrigar esos temores acerca de las dudas que pudieran surgir años después respecto de los padres de Juan Miguel, su sobrino, a quien ella llamaba Yin Yin y que se quitó la vida de Petrópolis en 1943.

Guardamos en nuestro archivo algunos datos sobre la vida de la poetisa y, debemos decirlo, los más fidedignos son los de su amiga doña Isolina Barraza de Es-

tay, quien conoció a Gabriela el año 1925 cuando le fue presentada por su otra sobrina, Graciela Barraza Molina (Diario "EL DIA", artículo de Isolina del domingo 13 de abril de 1975).

La primera de las tres coincidencias en la vida de Gabriela, en las que hay mucho misterio, se relaciona con su primera maestra que tuvo en Vicuña, doña Adelaida Olivares, quien estaba en ese tiempo a cargo de la Escuela Superior y fue su madrina de confirmación. Esta profesora tenía un carácter violento. No amaba a los niños, los atormentaba. Lucila la acompañaba hasta su casa. Esto molestaba a doña Adelaida, lo que le fue creando cierto resentimiento. Un día se presentó la oportunidad para que la maestra volcara esa animosidad que llevaba dentro. El Visitador Escolar D. Bernardo Araya, al entregar el material para la escuela de su hermanastro Emelina, quien le había enseñado las primeras letras, añadió un cuaderno más de regalo para Lucila. El visitador conocía a la familia y estimó que la niña merecía ese obsequio que le dejaba con su hermanastro Emelina. Cuando Adelaida Olivares vio después en Vicuña el cuaderno en manos de Lucila, le acusó de haberlo sustraído del material de la escuela.

La imputación abrió una herida en Gabriela de la cual nunca pudo curar. Al conocer su madre y Emelina este hecho bajaron a Vicuña a entrevistarse con la pro-

fesora. Esta las escuchó, pero lo único que demostró fue indiferencia y rencor al expresar a doña Petra estar equivocada de la inteligencia de Lucila. Se dice que la madre al oír esto de boca de Adelaida, replicó: "Será esa su manera de pensar, pero mi hija brillará en el mundo mucho más que Ud."

Gabriela no olvidó esa ofensa y acerca de esto una vez dijo: "Perdonar es un don divino, o es una falta de dignidad". Después de este incidente fue imposible que la niña siguiera en Vicuña. Parece que Adelaida estaba celosa de la inteligencia de Lucila, porque ella también escribía poesías.

Cuando Gabriela viajó a Chile en 1938 y visitó por unos días Vicuña, se hospedó en casa de los esposos Moral-Eguiluz. Una mañana desde su cama escuchó doblar las campanas de la Iglesia Parroquial. Preguntó que quién se había muerto. Se le contestó que doña Adelaida Olivares, su antigua maestra, que la había tratado de "débil mental". Una amiga y condiscípula de los años de estudiante obsequió a Gabriela un ramo de violetas, las que llevó hasta el templo donde estaban velando los restos de la profesora y lo depositó sobre su ataúd en un ademán piadoso y reverente. Así como había perdonado a su padre, también esta vez absolvía a su maestra que no había tenido un conocimiento exacto del valor de su alma que en ese entonces era todavía un genio que estaba en cierne.

Pasemos ahora a la segunda y tercera coincidencia que tiene relación con su hermanastro y su sobrino Yin Yin.

Con referencia a lo que se ha escrito en estos días sobre un po-

sible hijo de la poetisa, lo que hay de verdad en esto ya lo dimos a conocer en una conferencia en que tratamos la vida y obra de Gabriela. Esta se realizó en el Liceo de Niñas de esta ciudad a la cual asistieron los tres últimos cursos de la enseñanza media y también el Cuerpo de Profesores de dicho plantel.

En el presente artículo abreviaremos en unas pocas líneas lo que dijimos aquella vez y que no es otra cosa que lo relatado por Emelina Barraza, la hermanastro de la poetisa, a doña Isolina en 1944, comprometiéndose esta última a no difundirlo mientras ella y Gabriela vivieran.

En 1926, cuando la poetisa hizo su segundo viaje a Europa, en el mismo barco (el Aconcagua), viajaba una señora con un niño de pocos años que le atrae irresistiblemente. Se trata una amistad entre ella y la madre de nacionalidad catalana que viajaba a

España en busca de salud y algunos familiares a fin de internarse en un sanatorio en Suiza. Gabriela le dio su dirección por si algo se le ofrecía y se despidieron.

Pasó el tiempo y un día residiendo en Fontainebleau, llegó un señor a verla con dicha criatura, a cumplir con el ruego de su madre moribunda para que se hiciera cargo de ella. Gabriela vivió desde ese instante junto a ese niño que crió y ayudó a educar.

Cierto día, algunos años después, un señor va a su oficina de cónsul en Petrópolis requiriendo un pasaporte para Chile. Al leer en los papeles el nombre de Jerónimo Godoy, Gabriela sintió una gran impresión.

— ¿Ud. se llama Jerónimo Godoy?

— Sí, señorita.

— ¿No sabe cómo me llamo yo?

— Gabriela Mistral, señorita.

— No, yo soy Lucila Godoy, hermana suya.

Jerónimo había ido en busca del hijo que había traído su esposa enferma. Nadie le había dado noticias de él una vez muriera su madre. Regresaba a Chile sin su hijo.

Gabriela tocó el timbre y ordenó que le trajeran a Juan Miguel. La guagua recogida por Gabriela era justamente su sobrino, Juan Miguel, Yin Yin.

Esta y no otra es la verdad acerca de este niño, al que se menciona en algunos artículos y un libro como hijo de Gabriela. En Yin Yin están las dos coincidencias restantes: el encuentro de la poetisa en el vapor con la madre de Juan Miguel y el hecho de haber ido Jerónimo a solicitar un pasaporte a Gabriela, ignorando que el cónsul se llamaba Lucila Godoy y que era su hermanastro.

Otros pormenores de la vida de Gabriela están también en nuestro archivo, incluso un libro con una dedicatoria para este articulista que reza así: "A Gustavo Flores (omití el primer apellido), en un día muy feliz".

Es sensible que se esté cayendo en la herejía de hablar de su vida privada con la que se está tejendo una leyenda indigna referente a su persona. Pedro Prado en el prólogo de la obra "Desolación" de Gabriela Mistral (Editorial del Pacífico), al dirigirse al pueblo mexicano, escribe: "No hagáis ruido en torno a ella, porque anda en batalla de sencillez". Lo mismo cabe ahora decir, agregando: "porque duerme en la paz de su amada tierra de Montegrande". Respetemos su memoria.

GUSTAVO RIVERA FLORES

Yin Yin; todos dicen tener la verdad [artículo] Gustavo Rivera Flores.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rivera Flores, Gustavo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1986

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Yin Yin; todos dicen tener la verdad [artículo] Gustavo Rivera Flores.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile